

Recibido el 10-11-14 / Aceptado el 28-11-14

Las relaciones de poder en la educación

Christian Lugo¹
cwlugo@yahoo.com

Resumen

Desde su nacimiento hasta nuestros días, la educación siempre ha sido un campo privilegiado para observar en concreto lo que el filósofo francés Michel Foucault dio en llamar relaciones de poder, un concepto que intenta mostrar las distintas articulaciones que éste puede llegar a tener, así como también las diversas facetas que ha llegado a adoptar dentro de la cultura occidental. Reflexionar acerca de algunas de esas relaciones, que se hacen tangibles a través de una diversidad de mecanismos que sirven para *gobernar* la vida humana, y sobre las transformaciones que vienen experimentando dentro de ámbitos tan aparentemente «neutrales» como la educación y otras disciplinas afines será uno de los objetivos principales de este trabajo.

Palabras clave: poder, saber, educación, disciplinas, gubernamentalización, biopoder.

Abstract

From birth until today, education has always been a privileged field to observe specifically what the french philosopher Michel Foucault called as power relations, a concept that tries to show the different joints that power can have, as well as also the various facets that has come to adopt within Western culture. Reflect on some of these relationships, which are tangible through a variety of mechanisms that serve to govern human life, and talk about the changes being experienced in areas such seemingly “neutral” as education and related disciplines, will one of the main objectives of this work.

Keywords: power, knowledge, education, disciplines, governmentalization, biopower.

1 Centro de Investigaciones en Filosofía y Ciencias Humanas (CIF)

Introducción

Las investigaciones de Michel Foucault en el campo del poder han puesto al tapete la especial relación existente entre éste y ciertas disciplinas. Su análisis histórico mostró cómo desde la Edad Media –y aún antes– hasta la época clásica, la civilización occidental fue gestando una nueva forma de poder que antes que basarse en la represión directa más bien prefiere la administración de los cuerpos de los individuos y el control de cada una de las facetas de sus vidas.

Entre el siglo XVI y XVIII este nuevo poder *omniabarcador*, según lo concibe Foucault, contribuyó enormemente al desarrollo de muchas de las disciplinas que hoy componen las llamadas ciencias humanas: medicina, psicología, psiquiatría, pedagogía, etc.; por lo que para Foucault el estudio del nacimiento de éstas y las instituciones que emergieron de ellas es fundamental para comprender la noción, que podríamos llamar relacional, de poder con la que él trabajaba.

El pensador francés estaba seguro de que para comprender a cabalidad lo que es el fenómeno del poder se necesita partir del análisis de las relaciones de poder antes que de las instituciones, porque en realidad dichas relaciones tienen su punto de apoyo fuera de las mismas. El análisis del poder, entonces, no se puede reducir al estudio de algunas instituciones, ni siquiera de las llamadas “instituciones políticas”, decía Foucault; ya que las relaciones de poder están enraizadas en las redes sociales, son relaciones que adoptan distintas formas y se dan en diferentes niveles, son todas aquellas relaciones que existen entre los seres humanos en donde unos procuran gobernar la conducta de otros mediante una diversidad de mecanismos.

Los últimos años del siglo XVIII en Europa son, a decir de este autor, el momento de mayor auge de dos tipos de tecnologías de poder: las tecnologías disciplinarias, encargadas de los cuerpos de los individuos y destinadas a vigilarlos permanentemente y orientarlos para hacerlos más dóciles y productivos; y las tecnologías reguladoras de la vida, que más tarde hicieron su aparición, enfocadas al cuerpo colectivo, en las poblaciones. Ambas tecnologías se articulan y se potencian mutuamente, actuando sobre lo micro y lo macro social; ponen en marcha mecanismos de racionalización y economía e implican la creación de nuevos saberes e instituciones.

El campo educativo es uno de los lugares en donde se puede encontrar sin mucha dificultad algunos de los rastros más notorios del surgimiento de

lo que Foucault dio en llamar las tecnologías disciplinarias y aunque éste no realizó ningún estudio particular ni sistemático sobre dicho campo, se pueden encontrar referencias directas a la educación en una de sus principales obras: *Vigilar y castigar*, en la cual muestra el peso que tuvo la educación en el desarrollo de algunas tecnologías disciplinarias y plantea la conexión entre estas tecnologías, determinados saberes y los sujetos disciplinados.

La disciplina exige a veces la *clausura*, la especificación de un lugar heterogéneo a todos los demás y cerrado sobre sí mismo. Lugar protegido de la monotonía disciplinaria. Ha existido el gran “encierro” de los vagabundos y de los indigentes; ha habido otros más discretos, pero insidiosos y eficaces. Colegios: el modelo de convento se impone poco a poco; el internado aparece como el régimen de educación si no más frecuente, al menos el más perfecto; pasa a ser obligatorio en Louis-le-Grand cuando, después de la marcha de los jesuitas, se hace de él un colegio modelo.²

Siguiendo los pasos de algunos de los análisis nucleares de Michel Foucault respecto del fenómeno del poder, nos gustaría mostrar aquí de qué manera la educación sirvió y sigue sirviendo a esas tecnologías individualizantes e individualizadoras, que permiten que el hombre se divida de los demás e incluso a sí mismo. Se trata de prácticas divisorias tales como: exámenes, perfiles, clasificaciones de todo tipo (criterios para acceder a distintos tipos de enseñanza, para la formación de distintos tipos de inteligencia, etc.), tan comunes en la escuela que aparecen como técnicas neutrales al servicio de la eficiencia y el progreso humano, pero que en realidad constituyen procesos pasivos de objetivación como así también de subjetivación activa que le sirven al poder para construir al sujeto/alumno en los procesos de enseñanza-aprendizaje.

El poder-saber y la educación

El par de conceptos poder-saber encuentra en las ciencias de la educación un terreno propicio para ejercitar lo que Foucault denominaba juegos de verdad y falsedad. Con esto se refería a determinados saberes, con sus prácticas concomitantes, que sirven como instrumentos fundamentales para la normalización de la sociedad moderna y en donde la verdad o falsedad de un enunciado tiene que ver más con un «régimen discursivo» o «régimenes de verdad» que con la verdad en sentido clásico. Lo que con esto

2 Foucault, 2003: 145

quiso subrayar el autor de *Las palabra y las cosas* fue cómo en las sociedades modernas se ha establecido algo así como una administración de la verdad científica y que la verdad entendida en este contexto no está fuera del poder, sino que es inmanente a él. La verdad –siguiendo este pensamiento de Foucault– se produce y se transmite mediante aparatos económicos y políticos y se ha convertido en el escenario de luchas, luchas sociales y en la sociedad³. El saber y las prácticas que proporcionaron ciencias de la educación como la psicología educativa, la pedagogía, la sociología de la educación o la psicología cognitiva y evolutiva, facilitaron y garantizaron la ordenación de las multiplicidades humanas mediante modos de clasificación y control que le son propios y que convierten a los sujetos en objetos.

La regulación de la escuela de los discursos, de aquello que se puede decir y pensar, de quién puede hablar y quien no, cuándo y bajo qué tipo de autoridad, ha sido grande, según el teórico de la educación Stephen J. Ball, quien en sus investigaciones en el campo de la educación ha seguido en muchos aspectos las líneas iniciadas por Foucault:

Los ámbitos educativos están sujetos al discurso, pero también están envueltos, en sentido fundamental, en la propagación y divulgación selectiva de discursos, en la “adecuación social” de estos. Las instituciones educativas controlan el acceso de los individuos a los diversos tipos de discurso.⁴

La cuestión de los discursos es fundamental en toda la teoría de Foucault, ya que, según éste, el sujeto moderno está forjado en gran medida por el martilleo de estos discursos. Por eso la investigación filosófica para él consistía esencialmente en averiguar de qué manera esos discursos, acompañados de ciertas prácticas, van convirtiendo a los hombres en sujetos. La suya ha sido una filosofía de la subjetividad, atendiendo a que en el mundo occidental el fundamento último de todo saber y toda significación es justamente este sujeto.

En caso de los discursos de la escuela, juega un papel mediador fundamental el examen, una maquinaria disciplinaria que apoya cada vez más su autoridad en las nuevas verdades de la medicina y la psicología.

3 Como se sabe, aquí Foucault, como en otros tantos aspectos, sigue bien de cerca el pensamiento de Nietzsche y habla de la verdad como esa centella que surge del choque de dos espadas.

4 Ball, 1990:7

El examen combina las técnicas de la jerarquía que vigile y las de la sanción que normaliza. Es una mirada normalizadora, una vigilancia que permite calificar, clasificar y castigar. Establece sobre los individuos una visibilidad a través de la cual se los diferencia y se los sanciona. A esto se debe que, en todos los dispositivos de disciplina, el examen se halle altamente ritualizado. En él vienen a unirse la ceremonia del poder y la forma de la experiencia, el despliegue de la fuerza y el establecimiento de la verdad. En el corazón de los procedimientos de disciplina, manifiesta el sometimiento de aquellos que se persiguen como objetos y la objetivación de aquellos que están sometidos. La superposición de las relaciones de poder y de las relaciones de saber adquiere en el examen toda su notoriedad visible.⁵

La escuela como laboratorio del poder tiene, entonces, en el examen uno de sus instrumentos más propios y poderosos, el guión que une al poder y al saber cobra en él su máxima expresión. El examen convierte la economía de la visibilidad en ejercicio del poder; introduce, además, la individualidad en el campo de la documentación, a través de toda clase de registros, haciendo de cada individuo un caso.

En este campo del saber-poder en la educación la influencia de la psicología en la educación ha sido gravitante. En ese sentido sería interesante investigar la influencia y los efectos que ha tenido la introducción en nuestro país de la psicología evolutiva de Piaget. A simple vista nadie puede negar el impacto que el constructivismo ha tenido y sigue teniendo en nuestras ciencias de la educación y en nuestras escuelas. En el ámbito educativo local, como en otros, siempre se lo señaló como el nuevo paradigma que permitiría alcanzar la emancipación del niño. Pero tal vez aún nadie ha reflexionado en nuestro país sobre cómo las nuevas teorías pedagógicas centradas en el niño en desarrollo han llegado acompañadas de prácticas como la observación constante, la supervisión y la clasificación, que normalizan al niño y que lo convierten en un objeto producido por esas mismas prácticas, contribuyendo en gran medida a la construcción de subjetividades y con ello al control social. Solo fijémonos en qué manera el constructivismo ha contribuido al desarrollo de nuevas formas de evaluación que han posibilitado que el panóptico de Bentham, aquel espacio que Foucault nos describiera tantas veces en detalle, en donde la visibilidad de los cuerpos se volvía plena, funcione con una intensidad nunca antes vista en la escuela paraguaya, mediante la implementación, por ejemplo, de nuevas formas de

5 Foucault, 2002: 189

exámenes como la evaluación procesual, la cual ha cobrado una importancia notable en nuestro medio, al punto de haberse convertido en el único paradigma de evaluación aceptado en la actual educación paraguaya. Ésta, a diferencia de otros tipos de evaluación, como el examen escrito que evalúa producto y no proceso, permite a quienes lo emplean tener un control casi absoluto sobre el objeto observado –en este caso los alumnos–, ya que centra su atención sobre el proceso de aprendizaje y no solo en los resultados, con lo cual se consigue conocer cada una de las facetas que va atravesando el niño o el joven en el proceso de enseñanza-aprendizaje.

Este tipo de evaluación llegó con fuerza a Paraguay de la mano de la Reforma Educativa iniciada en la década de los noventa del siglo pasado, acompañada de paquetes de nuevos instrumentos que han hecho posible una observación mucho más refinada de cada uno de los momentos de la vida del alumno en la escuela. Para comprobar esto solo basta con revisar el tipo y la cantidad de planillas de evaluación que progresivamente, desde los inicios de la Reforma hasta hoy, se le ha impuesto utilizar a los trabajadores de la educación. De las escasas y escuetas planillas de evaluación utilizadas por los maestros hasta mediados de la década de 1990, se ha pasado paulatinamente a toda una gama de estos instrumentos en los que cada vez más se destaca la preocupación por la escritura permanente, por registrar y controlar cada una de las esferas que componen la vida del niño y del adolescente. No se limitan a cuestiones de orden cognitivo, abarcan su desarrollo físico (apariencia externa y conductas, desarrollo motor, capacidad física, salud e higiene), su desarrollo afectivo (confianza en sí mismo, responsabilidad, desenvoltura, niveles de tolerancia al estrés, hábitos de trabajo, etc.), tanto como su desarrollo social (interacciones con los compañeros y con los adultos, resolución de conflictos, toma de decisiones, respeto hacia los demás, etc., etc.). Para este fin, se les exige a los docentes elaborar indicadores que puedan *objetivar* al máximo y asentar los aspectos más mínimos que hacen a la vida cotidiana del alumno en la escuela. La metáfora del Panóptico en este punto es inevitable. Se trata de un trabajo de registro constante que separa lo normal de lo anormal, detrás de él se esconde un poder que mediante tecnologías como ésta asegura su funcionamiento automático y hace imposible su identificación, promoviendo y provocando en el observado la sensación de permanente visibilidad.

Es indudable que a nivel global, así como también a nivel local –sobre todo tras el fin de la dictadura–, la educación se volvió menos represiva,

menos proclive a utilizar tácticas que involucren la violencia para lograr sus objetivos. Pero en contrapartida, se pasó a ejercer un control cada vez más estricto, pero a la vez sutil, de los integrantes de la comunidad educativa. Al control externo que se ejerce sobre los niños y jóvenes debemos sumarle el interno, el cual se logra mediante otro tipo de evaluación: la autoevaluación. Gracias a esta otra manera de evaluar se incita al alumno a hablar sobre sí mismo, a convertirse en objeto para sí mismo. La técnica apunta a que los propios individuos muestren sus defectos o imperfecciones, los cuales serán utilizados en forma de datos para establecer estrategias y tácticas que permitan corregirlos, normalizarlos. Se trataría de un procedimiento que estaría estrechamente ligado a lo que Foucault dio en llamar cultura de la confesión. Contrariamente a lo que muchos creen, Foucault piensa que muchas ideas y prácticas del cristianismo siguieron teniendo vigencia fuera del ámbito puramente religioso:

[...] la confesión se convirtió, en Occidente, en una de las técnicas más altamente valoradas para producir lo verdadero. Desde entonces hemos llegado a ser una sociedad singularmente confesante. La confesión difundió hasta muy lejos sus efectos: en la justicia, en la medicina, en la pedagogía, en las relaciones familiares, en las relaciones amorosas, en el orden de lo más cotidiano, en los ritos más solemnes; se confiesan los crímenes, los pecados, los pensamientos y deseos, el pasado y los sueños, la infancia; se confiesan las enfermedades y las miserias; la gente se esfuerza en decir con la mayor exactitud lo más difícil de decir, y se confiesa en público y en privado, a padres, educadores, médicos, seres amados [...]⁶

Entonces, el antiguo rito cristiano de la confesión, en el que se obliga al confesor a hablar de sus actos y a examinar su propia alma, se habría secularizado en muchas de nuestras modernas instituciones. Es una forma del discurso en la que el sujeto que habla coincide con el sujeto del enunciado, una relación de poder en la que dicha confesión solo se da con la presencia por lo menos virtual de otro, que no es solo el interlocutor sino la instancia que requiere la confesión, un ritual en el que el que se confiesa nunca saldrá completamente intacto de esa operación. De acuerdo a lo expuesto anteriormente, el examen clínico, el interrogatorio, el psicoanálisis, las autoevaluaciones, todas serían prácticas que de alguna manera reproducirían en el mundo moderno la confesión y tienen como fin producir la verdad.

6 Foucault, 1992: 74-75

En el mundo educativo, así como en otras áreas, la autoevaluación y todos los demás procedimientos de evaluación no se aplican solamente a los niños y jóvenes; los profesores son evaluados e invitados a autoevaluarse permanentemente, lo mismo que las instituciones educativas y, a su vez, los organismos estatales encargados de la política educativa de un país también son evaluados por organismos internacionales que miden su capacidad de gestión. Es decir, al parecer estamos poco a poco moviéndonos de unas sociedades disciplinarias hacia las llamadas *sociedades de control* (Deleuze: 1991), de la misma manera en que habíamos pasado de las sociedades de soberanía a las disciplinarias.

Según el filósofo Gilles Deleuze, con quien Foucault compartiera una larga amistad así como también el fervor por la filosofía, el mundo contemporáneo se mueve en medio de una crisis generalizada de las instituciones. Lugares de encierro como la prisión, la fábrica, la escuela o la familia, atraviesan por reformas continuas que intentan aplazar la inexorable desaparición de estas formas de organización. Las nuevas fuerzas de control que se vienen desarrollando ya no necesitan de los espacios cerrados para operar, trabajan al aire libre, son mecanismos de poder mucho más adaptables. Por ejemplo: los médicos ya no necesitan controlar a los pacientes en los hospitales, porque hoy existe la atención a domicilio; el régimen de salarios de la fábrica, caracterizado por su rigidez y estatismo, está dando lugar al nuevo sistema que impone la empresa, mucho más flexible y dinámico: premios a los mejores trabajadores, incentivos y motivaciones de todo tipo, que convierten la vida laboral de los individuos en una carrera constante que no lleva a ninguna parte.

Bajo esa mirada, la escuela no estaría ajena a esos cambios, y es de ese modo que cada vez más la empresa privada se ha ido acercando a ella, o como dice el propio Deleuze:

El principio modular del “salario al mérito” no ha dejado de tentar a la propia educación nacional: en efecto, así como la empresa reemplaza a la fábrica, la *formación permanente* tiende a reemplazar a la *escuela*, y la evaluación continua al examen. Lo cual constituye el medio más seguro para librar la escuela a la empresa.⁷

7 Deleuze, 1991: 2

En el sistema educativo paraguayo, por ejemplo, la formación permanente de la que habla Deleuze está en pleno desarrollo con la implementación del nuevo escalafón docente, que obliga a los maestros a una capacitación continua. Todo esto anunciaría, según Deleuze, el advenimiento de nuevos mecanismos de control que no harían más que instalar viejas recetas tomadas de las sociedades de soberanía, pero con adaptaciones necesarias.

En el *régimen de las escuelas*: las formas de evaluación continua, y la acción de la formación permanente sobre la escuela, el abandono concomitante de toda investigación en la Universidad, la introducción de la “empresa” en todos los niveles de escolaridad.⁸

La liberación de la escuela a la empresa de la que habla Deleuze también está más que patente en los discursos de nuestras autoridades educativas: en la función que se anunciaba para la educación paraguaya en el Plan Estratégico para la Reforma Educativa se decía por ejemplo lo siguiente:

Disminuir los desajustes en el mercado de trabajo causados por el Mercosur. Para ello: tomar acciones que acerquen a la escuela y la empresa. Estimular a las empresas a consolidar a los trabajadores formados tratándolos como un bien a cuidar. Ampliar las posibilidades de trabajo independiente.⁹

El análisis del discurso, tan caro a filósofos como Deleuze y Foucault, surge aquí como necesario para intentar interpretar lo que se anunciaba en este plan estratégico cuando se refería a “consolidar a los trabajadores formados tratándolos como un bien a cuidar”. Quisiéramos detenernos sobre todo en la última parte de la frase: “tratándolos como un bien a cuidar”. La misma –creemos– resume muy bien la nueva manera de concebir a los individuos dentro de las relaciones de poder: se piensa en la población trabajadora como bienes (o “cosas”) que hay que cuidar, administrar y gobernar. Se trataría de lo que Foucault llama la nueva *economía* de poder, que centra toda su preocupación en el gobierno de la población. En varios de sus textos centrales el filósofo hablaba de que el desarrollo económico de Occidente se había iniciado en el siglo XVIII con la acumulación de capital, como también con métodos para dirigir –y someter– la acumulación de hombres. Desde ese momento acumulación de hombres y acumulación de capital se habían convertido en las dos caras de una misma moneda. Una

8 Deleuze, 1991: 4

9 MEC, 1996. Cit. en Pic-Gillard, 2004: 86

nueva dinámica del poder que Foucault llama *gobierno* y que poco a poco fue abriéndose paso en medio del régimen disciplinar¹⁰, instrumentalizando los conocimientos económicos y dirigiéndolos hacia la masa viviente de personas. Esta nueva modalidad de poder posa su mirada sobre todo en la relación existente entre hombres y *cosas*, entendida como la serie de complejas relaciones entre los hombres y, por ejemplo: las riquezas, los recursos, los artículos de subsistencia, el territorio, las costumbres, las maneras de actuar y pensar, el clima, las catástrofes, las enfermedades, etc. Gobierno, entonces, en el contexto del pensamiento de Foucault, es saber disponer de las cosas, saber gestionarlas, para obtener de ellas la máxima productividad.

La gestión educativa como nuevo arte de gobernar

De nuevo en el campo de la educación, se puede rastrear perfectamente esta nueva configuración del poder llamada *gobierno* en uno de los conceptos más en boga últimamente dentro del círculo de la administración de instituciones educativas: la gestión.

La gestión institucional, en ese sentido, se viene instalando como un nuevo discurso y unas nuevas prácticas que hacen referencia a la búsqueda de la mayor eficacia con el menor costo posible en la administración de una institución educativa. Se basa en una racionalidad instrumental, como dirían aquellos referentes de la Escuela de Frankfurt, y pone el énfasis en el orden, el procedimiento y el consenso. Según Stephen J. Ball:

La gestión constituye un discurso profesional y profesionalizador que permite a quienes lo pronuncian y a sus titulares reclamar para sí en exclusiva determinados tipos de dominio (dirección de la organización y adopción de decisiones) y un conjunto de procedimientos que convierten a los demás (subordinados), quieranlo o no, en objetos de ese discurso y receptores de los procedimientos. Como otros discursos profesionales, el de gestión produce el objeto al que se refiere: la organización.¹¹

10 Foucault nos advierte que no debemos entender el paso de una faceta del poder a otra como la anulación de la anterior, sino más bien como una articulación y como una interacción continua: «De este modo es preciso comprender las cosas no como reemplazo de una sociedad de soberanía por una sociedad de disciplina y luego de una sociedad de disciplina por una sociedad, digamos, de gobierno. De hecho, estamos ante un triángulo: soberanía, disciplina y gestión gubernamental, una gestión cuyo blanco principal es la población y cuyos mecanismos esenciales son los dispositivos de seguridad.» (Foucault, 2006:135).

11 Ball, 1990:159

Siguiendo a Ball, la gestión, entonces, sería una tecnología y práctica de racionalidad que apunta más que nada a lograr la eficiencia, la viabilidad y el control.

Se controla el trabajo de los profesores usando técnicas de gestión, las tareas docentes están cada vez en mayor medida atadas a una lógica empresarial y de competencia de mercado. Esto es fácilmente observable especialmente en el ámbito de la educación privada en el Paraguay. Muchos colegios tradicionales –y ni qué hablar de las nuevas instituciones surgidas en las últimas décadas–, sobre todo aquellos ligados a alguna congregación religiosa, que apenas unas décadas atrás se manejaban con formas de relacionamiento y administración que correspondían a lo que se solía llamar –aún se las llama así pero con mucho menos convicción– en esos ámbitos como *comunidades educativas*, hoy día se manejan con criterios que están mucho más próximos a la administración de una fábrica o una moderna empresa privada. Dentro de estos sistemas de racionalidad administrativa los maestros ya no cuentan con voz efectiva en la toma de decisiones importantes. Las decisiones políticas ahora están completamente sujetas a factores económico-financieros y burocrático-administrativos.

Se controla también el desempeño de las escuelas a través de evaluaciones sistemáticas basadas más que nada en el rendimiento escolar, que luego se usan para realizar comparaciones y con ellas, por supuesto, clasificaciones. De este modo se estimula a las escuelas y a los docentes a capacitarse, a ser más profesionales, pero en realidad se los empuja a creer que gracias al sistema de evaluaciones y autoevaluaciones se harán más eficientes o más profesionales. La búsqueda del perfeccionamiento, así, se ha vuelto un compromiso ineludible, como nos lo recuerdan algunos investigadores de la eficacia educativa:

Las personas son la clave del éxito de las iniciativas de perfeccionamiento...Dicho de otro modo, “la búsqueda de la excelencia en las escuelas es la búsqueda de la excelencia en las personas”. No se logran buenos resultados por la mera adopción de nuevos gestos técnicos o el aumento de reformas curriculares. El progreso significativo requiere el re-examen y perfeccionamiento de los aspectos básicos de organización: normas de trabajo, prácticas de gestión, competencia del personal, niveles de clase, etc.¹²

12 Wilson y Concoran, 1988:119. Cit. en Ball, 1990: 165

En nuestro país, los ejemplos abundan en ese sentido, cada vez más, las instituciones educativas exhiben en sus eslóganes publicitarios alguna certificación internacional que avale su capacidad de gestión.

Con la gestión el saber-poder vuelve a escena como un lenguaje científico, neutral, único capaz de acercarnos a la excelencia, de llevarnos a la verdad. Sale al paso como un discurso normalizador, que ayuda a la escuela enferma, ineficaz, a sanarse.

A modo de conclusión

Cuando Foucault acuñaba su hoy famoso neologismo *biopoder*, se refería justamente a esa nueva cara del poder en la que el rasgo más destacable sería su desvelo por controlar cada una de las innumerables facetas de la vida, antes que en provocar la muerte, por ejemplo; ya que ésta no lo atrae, atendiendo a que su dominio no la alcanza. En cambio, la vida pasará a ser ahora su preocupación principal. Se trata de un poder productor antes que represor, que fue indispensable para el desarrollo del capitalismo no solo para ejercer un simple control de los cuerpos para robarles su fuerza, o para hacerlos más sumisos, sino también para amplificar esas fuerzas vitales sin volverlas menos dóciles¹³.

La educación, en este sentido, cumple una función de primer orden, pues mediante ella se puede lograr que la población menos productiva se convierta en un «recurso» que puede ser aprovechado. Y para ello el papel del maestro siempre ha sido fundamental. En muchos aspectos él vela por la salud y la eficiencia de la población: debe actuar como inspector de la salud física y mental de los niños y adolescentes a su cargo; debe ser capaz de detectar enfermedades y de realizar campañas de prevención, así como también enseñar métodos de higiene de distinto tipo.

En este plano, entonces, el maestro aparece como alguien que ejerce este nuevo *biopoder*, como un elemento normalizador por excelencia, encargado de prevenir, de calcular, y de corregir las patologías que surgen en la vida cotidiana de la escuela y de aplicar las terapias que hagan falta para corregirlas. Pero al mismo tiempo él mismo está atrapado en la intrincada telaraña que ha tejido el poder, y así se lo puede ver en la actualidad en las instituciones educativas como una figura de segundo plano frente a la auto-

13 Foucault, 1992:170

ridad «científica» de lo que en el ambiente educativo de nuestro país se da en llamar equipos técnicos, integrados generalmente por psicólogos, pedagogos y evaluadores. En este plano, también él está sometido al escrutinio constante; por lo que si no quiere que su figura resulte sospechosa, debe acercarse lo más posible al modelo de buen maestro que se espera de él.

Para Michel Foucault todo esto ocurre en el contexto de una creciente *gubernamentalización* de la educación, y del Estado mismo, que se viene dando en el mundo occidental.

A nivel local se podría decir que, en líneas generales, en nuestro país sigue imperante en gran medida una visión fuera del tiempo de los sistemas educativos. Un idealismo, o mejor dicho, un marcado espiritualismo que, sumado en los últimos años a un positivismo ramplón, sigue teniendo un peso considerable. Por ello se hace más que necesario iniciar líneas de análisis que puedan contrarrestar esa visión metafísica de la educación, que puedan mostrar cómo ciertos discursos y prácticas provenientes del ámbito educativo o que son afines a la educación pueden llegar a producir su propio objeto. Solo piénsese en las nuevas patologías como la del niño hiperactivo que gracias a la psicología o la psiquiatría vienen siendo «descubiertas» cada vez con mayor frecuencia en nuestras escuelas.

Los aportes de Michel Foucault a la investigación educativa son invaluableles en este sentido. Su obra puede ayudarnos a comprender mejor cómo en el presente el fantasma del pasado sigue estando presente entre nosotros, mostrándonos la génesis y el funcionamiento de muchos de los discursos y prácticas que han conformado la institución educativa.

Bibliografía

- BALL, Stephen J., comp. *Foucault y la educación. Disciplinas y saber*, trad. Pablo Manzano. Madrid: Morata (Ed. original: 1990, Londres), 1993.
- DELEUZE, G. «Posdata sobre las sociedades de control», en: Ferrer, Christian (Comp.). *El lenguaje literario*, t. 2, Montevideo: Nordan, 1993.
- FOUCAULT, M. *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, trad. de Aurelio Garzón Camino, Buenos Aires: Siglo XXI (Ed. original: 1975, París.), 2002.
- . *Historia de la sexualidad. I. La voluntad de saber*, trad. Ulises Guinazú, Madrid: Siglo XXI (Ed. original: 1976, París.), 1992.
- . *Seguridad, territorio, población. Curso en el Collège de France (1977-1978)*, trad. de Horacio Pons, Buenos Aires: FCE, 2006.
- PIC-GILLARD, C. *Incidencias sociolingüísticas del Plan de Educación Bilingüe Paraguay 1994-1999*, Asunción: Servilibro, 2004.
- SAUQUILLO, J. *Para leer a Foucault*, Madrid: Alianza, 2001.